La escuela y la pandemia

Miguel Ángel Rodríguez Chávez

El presente escrito tiene como finalidad reflexionar en torno a la pandemia y la educación, desde la perspectiva de un trabajador de la docencia en una de las instituciones más importantes del bachillerato nacional, el Colegio de Ciencias y Humanidades (CCH).

El CCH es uno de los bachilleratos que ofrece la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM). Me desempeño como docente en el Plantel Oriente. Este se ubica al oriente de la CDMX, con una matrícula de poco más de 12,000 alumnos, más de 750 profesores y 440 trabajadores.

Las edades de nuestros alumnos mayoritariamente están en un rango que va de los 14 a los 17 años, y en un porcentaje menor, de alumnos de los 18 a los 21 años aproximadamente.

Somos escuelas muy grandes, con una alta concentración de personas en determinados horarios, lo que dificulta planear un regreso escalonado de los alumnos a sus clases, por los altos riesgos sanitarios. Nuestros alumnos todavía no tienen acceso a las vacunas, lo que hace que estos regresos se hayan ido posponiendo.

Recientemente por una cadena televisiva (TV Azteca) pasó al aire una "investigación" sobre algunas instituciones de educación pública, de las más importantes del país: La UNAM, el Instituto Politécnico Nacional (IPN) y la Universidad Autónoma Metropolitana (UAM), la afirmación central y calumniosa es que los profesores de esas instituciones en todo lo que va de la pandemia hemos recibido nuestro sueldo sin devengarlo. Son miles de millones de pesos los que se han gastado en un sector que no ha hecho nada, los profesores no trabajamos, según TV Azteca.

Esto es una calumnia, raya en una auténtica provocación, y a mi entender se endereza en contra de la educación pública y gratuita.

Los profesores hemos estado atendiendo a nuestros alumnos con los recursos que nuestra institución nos ha proporcionado y con los propios. Entramos a un terreno para el cual no estábamos preparados, la educación en línea, y tampoco nuestros alumnos. Pero después de año y medio de estar trabajando en esta modalidad, me atrevo a decir que estamos mejorando, sin que esto signifique que estamos satisfechos con los resultados.

De esta forma, las ideas expresadas a continuación son la reflexión de un profesor del CCH Oriente con más de 45 años de docencia.

En marzo de 2020 la educación en nuestro país se paralizó debido a la aparición del COVID-19. Particularmente en la Universidad Nacional Autónoma de México la cuarentena se decreta el 20 de marzo de 2020. Desde esa fecha las aulas, laboratorios y todas las instalaciones de la UNAM han permanecido cerradas.

A la fecha han transcurrido dieciocho meses de estar cerradas las escuelas y es, casi seguro que el primer semestre del año escolar 2021-2022 lo continuemos impartiendo a distancia. Tenemos año y medio impartiendo clases vía Internet, algo para lo cual no estábamos preparados, ni individual, ni colectivamente.

El COVID-19 rompe la dinámica de la escuela, inicia una de las etapas más preocupantes de la humanidad, el problema no es de unos, es de todos, es un problema para todos los habitantes de la Tierra. Por supuesto, como siempre que hay desgracias, estas son mayores para países y personas con las peores condiciones de vida, pobres y marginados, aunque nadie está a salvo.

En este contexto uno de los sectores más afectados por la pandemia del COVID-19 ha sido el educativo. Las cifras que dan algunos organismos nacionales e internacionales son preocupantes. La UNESCO informa que hay más 1 mil millones de estudiantes afectados en el nivel mundial, lo que representa más del 60% de la población estudiantil y más del 15% de la población mundial.

En el nivel nacional los datos son igualmente escalofriantes. Según datos del INEGI, para el ciclo escolar 2019-2020 se encontraban inscritos 33.6 millones de estudiantes en los diferentes niveles, de ellos 734,700 no concluyeron el ciclo escolar, de los cuales 98,200 son de preescolar; 146,100 son de primaria; 219,200 de secundaria; 181,300 de educación media superior y 89,900 de educación superior.

Del 100% de las deserciones, el 58.9%, es decir 435,000, se debieron a temas relacionados con el COVID-19, siendo de entre estos los problemas más recurrentes: el 28.8% perdió contacto con sus maestros o no pudo realizar las tareas; el 22.4% se debió a que algún familiar del hogar se quedó sin trabajo o hubo reducción de salarios. Otro rubro significativo de los alumnos que no concluyeron el ciclo escolar lo representa el 17.7% de los estudiantes que no tenían computadora o no contaban con Internet.

Para el ciclo escolar 2020-2021, el INEGI informa que 2.3 millones de estudiantes no se inscribieron a causa de la pandemia y 2.9 millones tampoco lo hicieron por falta de recursos no asociados a la pandemia. Este último dato corresponde a una "pandemia" más cruel que el COVID-19, la pobreza.

Como se ha visto, el COVID-19 ha venido a agudizar la crisis ya existente de nuestro sistema educativo. Una verdadera catástrofe, pero esto es quizás sólo la punta del Iceberg, ojalá y no.

El mundo no estaba preparado para un parón de tal magnitud, apresurándose a organizar soluciones de educación a distancia, para continuar con la labor pedagógica. Pero estos planes dispuestos en todo el mundo han tenido y tendrán durante un buen tiempo más dificultades en las regiones más empobrecidas y en los países menos desarrollados.

Ese es el caso de América Latina, en esta la mitad de los hogares no tiene Internet. En México el acceso a las TIC es muy bajo, está por detrás de países como Uruguay, Argentina, Chile, Costa Rica, Brasil, Colombia y Venezuela según los indicadores de la Unión Internacional de Comunicaciones (ITU).

En nuestro país la brecha digital es amplia, por ejemplo, según la Encuesta Nacional sobre Disponibilidad y Uso de Tecnologías de la Información en los Hogares (ENDUTIH) del año 2018, el acceso a Internet es totalmente desigual entre las zonas urbanas y las zonas rurales, siendo el 73% y el 40% respectivamente. En las zonas rurales sólo el 4% de los pobladores rurales tiene Internet en casa. Solo el 45% de los mexicanos tiene computadora y 53% tiene Internet en casa.

Otras encuestas, como la Encuesta Nacional de Ingresos y Gastos del Hogar (ENIGH), dan cuenta de la enorme desigualdad socioeconómica de los estudiantes, por ejemplo, los que provienen de familias ubicadas en el primer decil de ingresos, el 55% no tiene ni computadora ni Internet en casa, mientras que las familias más ricas son sólo el 2%. Estas encuestas arrojan el dato de que en promedio el 18% de los estudiantes de universidades públicas y privadas no tiene acceso a ambos servicios. Para el nivel medio superior la brecha tecnológica es aún mayor, los datos son: el 81% de los más pobres no tiene ni Internet ni computadora en casa.

En el caso de la UNAM, las autoridades han hecho intentos por acercar elementos para las clases a distancia (insuficientes), y los maestros en general también hemos hecho esfuerzos para atender y seguir trabajando con nuestros alumnos (no como afirma TV Azteca). Sin embargo, en ambos casos a pesar del trabajo, de nuestra impreparación y voluntad por mejorar, tomando cursos,

intercambiando experiencias didácticas, construyendo material para nuestros alumnos en esta modalidad a distancia, no bastan, hay en el otro elemento del binomio enseñanza-aprendizaje, un punto muy vulnerable, nuestros alumnos, como ya se mencionó anteriormente.

En el caso del bachillerato del Colegio de Ciencias y Humanidades no conozco datos sólidos oficiales que nos den una radiografía completa de nuestros alumnos con respecto al acceso a las TIC. Solo podemos hablar desde nuestra experiencia. En mi caso, después de haber impartido tres semestres de clases a distancia me permito aseverar que, de un grupo de 25 alumnos, en promedio 7 tiene problemas con el Internet o con su equipo de cómputo y tres siguen las clases con un aparato telefónico. Es decir, casi el 40% de los alumnos tienen dificultades para seguir sus clases a distancia.

Estas carencias tecnológicas no son el único inconveniente de nuestros estudiantes para seguir las clases en línea. Hay más variables que intervienen, por supuesto negativamente. Al trasladar la escuela al hogar, las condiciones en que trabajan los alumnos son inadecuadas.

Observamos que en general las familias no pueden llevar la carga de la educación de sus hijos, es un problema cultural, ¿quién apoya a nuestros alumnos en sus clases?, ¿pueden los padres o hermanos resolverles dudas, orientarlos? Si menos del 50% de los padres concluyeron un bachillerato, en un hogar donde no hay libros, ni periódicos o revistas; no tienen ni siquiera un espacio propio para que estudien y tomen sus clases.

Aunado a lo anterior, está la difícil situación económica de la mayoría de las familias, en ocasiones padres sin empleo o con salarios reducidos. Viviendas incómodas, sin privacidad, incluso no se le da el valor a esta educación a distancia, no hay un verdadero respeto de la familia hacia el alumno cuando toma clase, es un ambiente poco propicio para aprender.

También deseo comentar el trabajo de mis colegas, a partir de lo que mis alumnos me cuentan de algunos de sus profesores. Nuestros comportamientos y funcionamiento en esta educación a distancia no son por supuesto homogéneos, entre otras causas media la habilidad y el conocimiento diferenciado que los profesores tenemos de las TIC.

Por supuesto que los alumnos cuentan cosas de sus profesores muy positivas, pero también se dan comportamientos inadecuados. Por ejemplo, profesores que aprovechando la actual situación les sobrecargan con tareas absurdas, pero sin preocuparse por la forma en que gestionan el estudio en este período de confinamiento. Otro desatino es dejar una gran cantidad de trabajo, lo que provoca que el alumno pase demasiadas horas frente al

monitor. Esto más el encierro y el ambiente poco grato que en ocasiones priva en el hogar, los incita a desear volver a la escuela.

Sin embargo, de varias partes y distintas voces vierten elogios a lo virtual, pero esto nos lleva a preguntar la forma en que cotidianamente se llevan a cabo los procesos de gestión educativa y ver que el nivel de aprovechamiento vía digital deja mucho que desear. Por ejemplo, el Sistema de Información y Gestión educativa (SIGED) ha hecho estudios en América Latina y el Caribe sobre las condiciones para la realización de una educación en línea.

Los estudios realizados por la SIGED arrojan información nada alentadora para la educación en línea. Se afirma que la mayoría de los países de América Latina y el Caribe no tienen las condiciones mínimas para brindar una buena educación en línea. Al parecer solo Uruguay tiene las condiciones para llevar a cabo este tipo de educación a través de programas como el Plan Ceibal.

La educación en línea nos ha permitido continuar con la educación, pero es claro que esto se ha debido a una situación emergente, los esfuerzos de instituciones, docentes y familias han paliado el cierre de las escuelas, pero la educación es insuficiente y excluyente. El acceso a las TIC pone de relieve cuan desigual es la situación imperante en nuestra sociedad.

Los esfuerzos que las familias han hecho para que sus hijos se conecten y continúen con su educación es loable a pesar de no ofrecer condiciones aceptables para que los jóvenes prosigan con sus estudios.

Sin embargo, no obstante esos esfuerzos, vemos que muchos jóvenes se están quedando varados, al margen de la educación, prácticamente sin opciones. Todo esto no es sólo por la pandemia, esto ya venía ocurriendo, una crisis de nuestro sistema educativo se venía manifestando a través del incremento de alumnos que abandonaban o interrumpían sus estudios.

Cuando un alumno abandona sus estudios, me atrevo decir que es una tragedia, no sólo en lo individual sino colectivamente. La deserción, el abandono, es un problema que impacta a la sociedad. Este abandono puede obedecer a diferentes motivos, pero el más recurrente es la pobreza.

Las condiciones sociales y económicas de un sector importante de la población son de pobreza y aquí tenemos un círculo vicioso, se priva de educación a un joven y este es pobre, es pobre porque no tiene educación, no hay posibilidad de una vida digna, se coarta su derecho humano a la educación, lo que le impide tener una vida decorosa, además de conocer, entender y ejercer sus demás derechos, entre otras razones.

Este parón en la educación deberá de aprovecharse, debe ser tiempo de aprendizaje, un riguroso viaje de análisis a nuestro sistema educativo es urgente, tener datos de lo ocurrido durante la pandemia para proyectar planes y acciones que intenten resolver los problemas más apremiantes de nuestra educación.

Esto se tiene que realizar en medio de esta crisis, para no limitarnos únicamente a las clases virtuales. La tarea es para todos los órganos de gobierno federal, estatal, de instituciones de educación, no solo con miras a recomponer nuestro sistema educativo, también para preparar otra posible contingencia como la pandemia debida al COVID-19 frenando al planeta entero.

Sería inadmisible que algo como lo vivido nos vuelva a tomar con los dedos en la puerta. Todo lo anterior deberá ser un revulsivo para que, ante una contingencia, no se repita una disrupción en la educación como la que hemos vivido.

Hay un aspecto que deseo resaltar, en pláticas con colegas, nunca alguien ha dicho que prefiere enseñar en línea, lo que han resaltado algunos son ciertas ventajas, pero también que esos profesores no lo consideran una virtud, es una herramienta más, que por supuesto, debemos aprovechar, ya que todos hemos tenido que aprender algo de las TIC, pero que en este lapso nos damos cuenta de las limitaciones de una educación en línea.

Cuando hemos platicado sobre cómo nos sentimos dando clases en línea, en ocasiones algunos profesores me han reafirmado mis sentires; hay una sensación de vacío, hablarle a un monitor con una escasa interlocución de los alumnos me coloca en una situación desconcertante, pocas veces ha sido gozoso el dar una clase en esta pandemia, lo que era totalmente al contrario en las clases presenciales, pocas veces no habían sido disfrutables.

Hablo del sentir de algunos colegas y del mío propio, pero que decir de nuestros alumnos, ellos ¿dónde están colocados? En la medida de pasar más tiempo en esta modalidad la mayoría de mis alumnos menciona sentirse cansado, presionado, hasta enojado. Su nivel de desesperación ha ido en aumento y en algunos casos hay síntomas de depresión que requieren el apoyo profesional necesario.

Nuestros alumnos quieren el regreso a las aulas. Tienen la ilusión de que este trágico episodio concluya. Sin embargo, todavía falta y nosotros los profesores tenemos que seguir sosteniendo el interés por las clases en línea, evitar que se fuguen. Desde el primer día de clases en línea y hasta la fecha, el objetivo era evitar que desertaran, esa es mi prioridad.

Analizando un posible regreso a clases presenciales en unos cuatro meses, es necesario reflexionar sobre la educación. Esto nos lleva a preguntarnos: ¿Qué es la escuela?, ¿En qué consiste el aula?, ¿Qué es ser maestro?, ¿Qué significado tiene dar una clase?

Podemos pensar que son cuestiones que ya están zanjadas. Sin embargo, antes de la pandemia ya se hablaba de crisis en la educación. Intentos y más intentos ha habido por las fuerzas más reaccionarias de este país para quitarle al Estado mexicano el control y tutela de la educación. Sobre todo, la educación pública ha estado en tela de juicio.

Pero esta pandemia ha venido a reforzar la importancia que la educación tiene para países como el nuestro y el papel relevante de la escuela. En este periodo de pandemia y al trasladarse la escuela a la casa, ha sido patente que la familia no puede llevar el peso de la educación de los hijos, y es precisamente por la importancia de la escuela que se requiere reflexionar sobre su papel en el siglo XXI.

Las preguntas que formulé sobre el papel del maestro, el acto de enseñar, el significado del aula, qué significa ser alumno, tienen que discutirse, son los elementos básicos y más importantes de una educación.

Otro elemento por considerar es el hecho de que antes de la pandemia y durante la misma, los más desfavorecidos, los más pobres son y seguirán siendo los más afectados si no se tomen medidas que tiendan a poner el piso más parejo. La pandemia evidenció esta enorme brecha digital entre los que tienen y los que no, ampliando todavía más las diferencias. Un valor intrínseco de la escuela es que en su ámbito tiende a igualar a todos nuestros alumnos, las condiciones son parejas, lo que no sucede cuando la escuela está en la casa.

Es necesario que las autoridades educativas y de gobierno tomen las medidas adecuadas para abrir las escuelas. No creo que nuestros jóvenes soporten un semestre más en estas condiciones. Sabemos que el principal obstáculo para que se abran es una cuestión de seguridad sanitaria. Nuestros alumnos no han sido vacunados, esperemos que antes que concluya este año se dé la vacuna para ellos.

En tanto esto pasa, habría que difundir y apoyar algunos de los principios rectores para salir de la crisis del COVID-19 en la educación superior (bien pueden hacerse extensivas a todos los niveles), por citar algunos de forma resumida:

- Asegurar el derecho a la educación superior de todas las personas en un marco de igualdad de oportunidades y de no discriminación.

- No dejar a ningún estudiante atrás, en línea con el propósito principal de los Objetivos de Desarrollo Sostenible de Naciones Unidas.

- Revisar los marcos normativos y las políticas en curso, para asegurar medidas estructurales que entiendan la educación como un continuo, donde las trayectorias educativas deben ser fortalecidas desde la primera infancia hasta la educación superior.

Como cierre o a manera de volcar lo vivido como profesor en estos tiempos de pandemia, reivindico al docente, al aula, a la escuela. El acto educativo no es el acto de llenar un jarrón vacío, se trata de incendiar las mentes de los estudiantes y a la vez cuidando de él, nos hacemos nuevamente con el firme propósito de que el alumno descubra el tipo de ser humano que desea ser.